

cerdotes que han merecido vuestra ira? Veo, ó Dios mio! lo que debería haber sido, y lo que soy. A tan eminente dignidad me elevasteis y no he correspondido al alto fin de mi sacerdocio. Me habeis concedido tantos poderes y privilegios, y he permitido que sean cuando menos infructuosos. ¿Qué cosa puedo decir que he hecho por vuestra gloria y por vuestro pueblo? ¡Oh! Dios mio, tirad un velo sobre mi vida pasada, conozco ahora mi fin; quiero de una vez y para siempre perteneceros únicamente. Sé que soy sacerdote, y sé que no puedo salvarme si no correspondo á los deberes que me impone tan alta dignidad.

CAPITULO IV.

DEL ESTUDIO DE LOS SACERDOTES.

ART. I.

Necesidad y deber del estudio que tienen los eclesiásticos.

El estudio es un atributo esencial del sacerdocio. Un ministro de Jesucristo debe ser instruido y estudioso. Así lo exigen á la vez, el honor de su estado que debe elevarse tambien bajo este punto sobre el pueblo; la gloria de la Iglesia cuya doctrina debe guardar y defender, cuyos sacramentos debe sabiamente administrar, y la salvacion de los fieles que debe instruir, aconsejar y exhortar continuamente en la sana doctrina. Incapaz es para el ministerio sacerdotal el que carezca de ciencia ó de ca-

pacidad para la ciencia. *Tú te negastes á la ciencia, dice el Señor, y yo me negaré á admitirte en el oficio del sacerdocio* (Osea. c. 4, 6). *Los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y en su boca debe buscarse la ley, siendo él el embajador y el angel del Señor de los ejércitos* (Malach. 2, 7). La Iglesia ha profesado siempre este principio, que sus ministros posean la ciencia necesaria. Queden atrás los ignorantes: *Nullus ad sacra veniat indoctus* (Conc. Tol. 8), y la venganza de Dios amenaza los que ordenan ó dejan ordenar á los ignorantes. El santo Concilio de Trento manda que nadie sea admitido al sacerdocio si no es capaz de instruir y de enseñar (Sess. 15, 15).

La ignorancia solo es buena para confundir y estraviar, y los sacerdotes están instituidos para iluminar y dirigiren las vias del cielo; ¡qué temeridad el darse por maestros y videntes de Israel, cuando son menos instruidos que el mismo pueblo! ¡Pretender enseñar la ciencia de la vida, sin haber concentrado en ella todos sus estudios y meditaciones! Ciegos son, y aspiran á ser los ojos del cuerpo de Jesucristo. Tienen por destino ser los maestros de los hijos de Dios, y ellos mismos se hallan sumergidos en la ignorancia. Su deber es ser los doctores de la ley, y no entienden lo que dicen, ni comprenden el valor de sus aserciones: *Volentes esse legis doctores* (Timoth. 1, c. 1, 7), *non intelligentes neque que loquuntur, neque de quibus affirmant*. Monstruosa cosa seria en el universo si se hallasen privados de luz los astros que deben iluminarlo. La ignorancia de los sacerdotes acarrea la del pueblo, y hace que se apague insensiblemente en su espíritu la luz de la fé y de la religion. Un ministro ignorante es objeto de ludibrio para los se-

culares, al mismo tiempo que de deshonor para el santuario, y de escándalos y errores para la Iglesia. Obsérvese que los abusos y heregias han hecho mas estragos en los parages en que el clero se distinguia por su ignorancia, en que ciegas eran las centinelas de Israel.

Finalmente un eclesiástico sin estudios se encuentra ocioso y poco estimado, pues es inhabil para el ministerio sacerdotal, y queda mas espuesto á los peligros de la ociosidad y de la disipacion; así se observa que pierde el gusto por los ejercicios de piedad, por la palabra de Dios, por la lectura de los libros santos, y aun hasta por los cánticos del breviario que le fastidian. En este estado es facil que se entregue al juego y á las compañías seculares : *Qui evitat discere incidet in mala* (Prov. 17, 2). Su misma ignorancia será una causa de mayor endurecimiento en el vicio, pues detesta un ministerio para el cual se conoce tan incapaz. La venganza de Dios y de la Iglesia están suspendidas sobre los sacerdotes ignorantes que no son aficionados al estudio.

ART. II.

El estudio debe ser continuo.

No basta el estudio de algunos años, sino e debe ser habitual y constante. Y este es el escollo de un gran número de eclesiásticos que, apenas salidos del seminario, renuncian á la ciencia, y se divorcian con los libros, mientras que apenas han podido adquirir los primeros elementos, pues á todo lo mas que bastan los primeros estudios es á poner en estado de estudiar, y mientras mas se estudia, mas se ve que nada se sabe : *Si quis*

autem se existimat scire aliquid, nondum cognovit quem-admodum oporteat eum scire (Corint. 8, 2). Nada caracteriza la ignorancia como la presuncion de la ciencia. Antes que un eclesiástico pueda lisongearse de saberlo bastante debe haber devorado muchos libros, pues los mas necesarios para los estudios sacerdotales pueden ocupar gran parte de la vida de un hombre.

Si no estudiamos constantemente, olvidaremos lo poco que aprendimos en los primeros estudios, y este es nuevo motivo para estudiar continua y habitualmente, pues solo sabemos aquello de que nos acordamos, y solo nos acordamos de lo que á menudo repetimos. Un estudio continuado aumenta, dilata, conserva y vivifica los conocimientos. ¿Qué nos quedan de nuestra primera instruccion si abandonamos por algunos años los libros? El estudio arreglado y constante es el solo que hace progresos.

Importa pues poseer un método propio y estudiar algunas horas cada dia. Así lo requiere el decoro de la vida sacerdotal. Un buen eclesiástico debe alternar continuamente las obras esternas del ministerio y las del retiro, que son el estudio y la oracion, teniendo siempre en buen arreglo su mesa con algun libro abierto, y con algun estudio emprendido; y no hay vida mas dulce y decorosa que la del sacerdote retirado que se complace en instruirse continuamente.

ART. III.

Abuso de los eclesiásticos que se dedican enteramente á los estudios del siglo.

Dignas de estimacion son las letras humanas y la filosofia, cuya luz es útil en los estudios sagrados; pues del mismo modo que las hojas son necesarias á la belleza del árbol y á la nutricion y conservacion de los frutos, así las letras y disciplina filosófica no dejan de servir y embellecer las mismas ciencias divinas. A este fin las cultivaron muchos padres griegos y latinos, siendo de inmensa utilidad su elocuencia y erudicion á la Iglesia. Tambien pertenecen como auxiliares á los estudios eclesiásticos. Mas no podemos menos de deplorar el abuso de aquellos sacerdotes que de ellas hacen su estudio principal. ¿Por ventura no son de por sí bastante luminosas las ciencias eclesiásticas para ocupar todo su tiempo? ¿No se obligaron, al entrar en el santuario, á consagrar todo su ingenio y estudio al servicio de la religion y á la edificacion de los fieles? En fin, no hay que perder de vista que la ciencia de los sacerdotes es volverse santos, y santificar á los demás. Hay ejemplos de seculares que se complacieron en el estudio de las sagradas ciencias, en términos de cultivarlas y enriquecerlas con obras insignes, mientras que, entre los eclesiásticos, muchos abusan de su talento ocupándolo toda la vida en leer tomillos de literatura moderna, ó en investigaciones de física é historia natural, que es la herencia peculiar de los doctos del siglo. Y en esto, además del ultraje que hacen á la Iglesia, muestran que carecieron siempre de vocacion por el sacerdocio.

ART. IV.

Estension é inmensidad de la ciencia eclesiástica.

Los primeros siglos de la Iglesia no tuvieron mas estudio que el de las divinas escrituras. Y este mismo estudio será siempre el fundamental del sacerdocio, y el tronco ó base de toda su doctrina, que, andando el tiempo, y por la expansion progresiva de la ciencia eclesiástica, se ha convertido en un hermoso arbol.

No solamente son los santos padres los mas fieles intérpretes de las divinas escrituras, sino los canales de la tradicion y los intérpretes de la doctrina católica; mas componen un ramo de estudio muy sólido y vasto.

Los sinodos diocesanos, los concilios provinciales, nacionales y generales, sobretodo el de Trento, las decretales genuinas, y las constituciones de los pontífices romanos, componen un fondo inmenso de decisiones y estatutos sobre la fe, disciplina y gobierno de la Iglesia. De este gran fondo de doctrina se compone el derecho canónico de la Iglesia universal, otro gran ramo de ciencia sagrada.

En el curso de tantos siglos, ha experimentado la religion vicisitudes siempre nuevas, y á menudo acontecimientos extraordinarios; errores y desgracias sin número han despedazado su seno, mas, al mismo tiempo, de esas persecuciones suscitadas por el infierno, la han consolado inclitos varones de gran ciencia y virtud. Esta serie de virtudes y errores, de acontecimientos y revoluciones, escrita ha sido para enseñanza y consuelo de los siglos posteriores, en los anales de la historia ecle-

siástica, y forma una parte importante de nuestros estudios.

Las escrituras, los padres, los concilios, la historia eclesiástica, son el manantial ó el depósito de toda la ciencia católica; pero en este depósito las verdades se hallan diseminadas y sin trabazon, y no siempre bastante demostradas. Por esta razon ha habido esclarecidos varones que se ocuparon en recogerlas, ordenarlas y demostrarlas en un curso metódico de tantos tratados dogmáticos, cuantos son las partes y objetos de toda la ciencia divina. Este cuerpo de ciencia, así tratado, es el de la teología dogmática, la cual se puede denominar el extracto de todos los mencionados estudios, y un ramo necesario al arbol de la ciencia eclesiástica.

Otros varones, con el mismo método, y con el uso de las mismas fuentes, se aplicaron á recoger en curso completo y ordenado, las verdades morales, decisiones y principios para la recta administracion de los sacramentos, y para el conocimiento de los vicios y virtudes: tal es la teología moral, y ocupa un lugar distinguido en los estudios de un eclesiástico.

A todos estos ramos ó estudios mayores, hay que añadir varios otros menores.

La apologética, en nuestros tiempos, merece un estudio particular. En el contagio desgraciadamente harto comun de tantos paralogismos, de tantos libros impios, de tantos sectarios contra la fe de nuestros padres, un sacerdote no puede menos de estudiar los fundamentos de su religion y el desarrollo de sus pruebas, para no esponerse al ludibrio de los libertinos y al escándalo de los fieles.

La predicacion, que se apoya en las citadas cien-

cias fundamentales, compone en si misma un estudio utilísimo. La homilia, el catecismo, el panegirico, el sermon, son partes de la elocuencia evangélica que requieren un trabajo y una maestria especial.

La liturgia, ó sea la descripcion de los sagrados ritos, y su significacion, compone una ciencia enteramente eclesiástica, y un sacerdote debe poseerla no solo para ejercer con suficiente decoro las funciones sagradas, sino para operar espiritualmente en los altares, esto es, para gustar en si mismo, y despertar en los demás, los sentimientos de religion que inspiran los sagrados ritos, cuando preside á ellos una adecuada inteligencia.

La ascética, ó sea el arte y la ciencia de guiar las almas en los ejercicios de piedad, y en la via de la perfeccion cristiana, es tan necesaria al sacerdote como al médico la terapéutica, ó sea el arte de prevenir y curar las enfermedades. Los sacerdotes jóvenes descuidan tal vez demasiado este estudio, porque no lo conocen, sin observar tantos y hermosos conocimientos que contiene y que son útiles para si mismo, para los demás, para el confesonario y el púlpito; y hay que observar que, aun mas que en tantas cosechas de predicadores como poseemos, podemos hallar escelentes materiales para nuestros sermones en los tratados ascéticos.

Muchas almas, entre las que aspiran á la perfeccion, si de Dios son cultivadas y favorecidas especialmente, se elevan cada vez mas en los grados y en los afectos de una vida enteramente espiritual y contemplativa; ahora bien el arte de gobernar con discrecion estas almas benditas en el camino del cielo, al cual las llama el Señor, para que eviten los tropiezos y precipicios de esta

vida, necesita una ciencia particular llamada la mística.

Esta breve reseña puede dar una idea de la estension de la ciencia eclesiástica, y por consiguiente de la obligacion que incumbe de aplicarse á ella con todo ahinco y esmero.

ART. V.

Importa que cada uno escoja su estudio principal.

¿Donde hay una inteligencia que pueda abrazar tantos estudios? El mismo Bossuét presumiria en vano de si mismo si á ello aspirase. Y aun cuando tan ductil y tan estensa inteligencia pudiese encontrarse, le faltaria el tiempo necesario para poseer tantos y tan profundos ramos. Importa pues limitarse segun las fuerzas y circunstancias particulares. El hombre prudente escoge el propio estudio principal, y al rededor de este hace gravitar los demás, y de un modo mas cercano los que con él guardan mas estrecha relacion. Recorre toda la ciencia eclesiástica, mas elige para cultivar especialmente aquel ramo que mas conviene á su inteligencia é intento; é importa que cada uno tenga su estudio peculiar para distinguirse en él, formándose un plan mas ó menos vasto, si bien en todo plan hay un estudio que debe servir de centro, de límite, de profesion, y al cual deben subordinarse los demás estudios menores y mas superficiales. Método es este que abasteceria á la Iglesia de excelentes ingenios en todos los ramos de la ciencia eclesiástica. Es mucha alabanza el poder decir: Lo sabe bien todo, mas á pocos conviene tal encomio. Que á lo menos se pueda decir: *Sabe muy bien la moral. — Es muy versado en la his-*

toria. — Posee muy bien la santa Escritura. Mas vale sobresalir en un género, que pretender á muchos, sin éxito feliz en ninguno.

ART. VI.

Importancia y precio del estudio de la sagrada Escritura.

La sagrada Biblia es el libro de los libros, el libro fundamental del sacerdocio, que por excelencia llama san Ambrosio *liber sacerdotalis*. Si en nuestras predicaciones, no deriva de este libro divino el fondo de nuestros discursos, hablaremos de los vicios y virtudes del modo mas superficial y como filósofos. Lo que digamos podrá tal vez pasar por muy bonito, tal vez nuestros lectores encontrarán en ello mucho placer, mas sus corazones qu edarán frios. La base de la tradicion la forman los libros santos, y las mismas historias profanas en ellos necesitan apoyarse. En ellos vemos el origen del mundo; los primeros pasos de todas las naciones mas antiguas, la serie de los mas ruidosos acontecimientos de la antigüedad, y sobretudo la verdadera historia de las obras de Dios y de la religion. En la teología y moral nada ha sido hecho sin la palabra de la santa Escritura. La verdadera y sólida doctrina se halla en los libros santos, y principalmente en el Nuevo Testamento. La santa misa, el oficio divino, y toda la liturgia son cosas que debemos tener en las manos continuamente, cuyo sentido espiritual tenemos obligacion de penetrar; y, ¿cómo efectuarlo podremos sin la inteligencia de la divina Escritura, siendo todo compuesto con los sentimientos y palabras de los libros sagrados? Así pues el estudio

de la sagrada Biblia es el fondo de nuestra ciencia.

Este estudio no sirve solamente para instruirnos é instruir á los demás, sino tambien para alimentar los sentimientos devotos, y para llenarnos del espíritu de Dios contenido en las sagradas páginas, que se comunica abundantemente por su lectura, y mas que por la de otro libro espiritual cualquiera. Las palabras de la divina Escritura inspiradas son directamente por Dios, y á Dios conducen; así es que completamente se diferencian de las palabras de los hombres, y poseen esa especial unción y fragancia celestial que mueven el corazón y vivifican el espíritu. Otro cualquier libro podrá dejar frío y árido, mas un capítulo de los libros santos arrebatada y sublima, disipando el fastidio del entendimiento, encendiendo el fuego de la caridad y el éxtasis de la esperanza. Así no es de extrañar que todos los grandes sacerdotes hayan continuamente leído este divino libro sembrado de palabras de vida.

Y si consideramos este sagrado volumen bajo el aspecto meramente literario, ¿qué otro puede compararse? Su autor es el mismo Dios, mas es verdaderamente digno de Dios, y continuamente habla con lenguaje completamente divino. La sencillez original de sus narraciones, el esplendor pintoresco de sus imágenes, la sublimidad inimitable de sus sentimientos, merecieron la admiración de los mismos doctos del siglo. ¿Donde existe una locución mas cándida, una sencillez mas admirable que la del Génesis, y demás libros históricos, y sobretodo de los santos Evangelios? ¿Donde hay una filosofía mas elevada, una moral mas pura que la de los proverbios y demás libros de Salomón? ¿Donde podrá encontrarse un lirismo mas centellante que el de los

profetas, de Job y de los salmos? ¿Qué elocuencia mas vigorosa, y al mismo tiempo mas patética podrá citarse que la de san Pablo en sus Cartas? ¡O libro estupendo! *Libro que mucho me avergüenzo de no conocer á fondo*, escribia de si mismo el trágico Alfieri, que consagró despues un estudio particular á este divino tomo; mas esta vergüenza debe recaer principalmente sobre tantos sacerdotes, que no estiman ni estudian como debieran un libro que les toca directamente, y que deberian, en cierto modo, devorar y convertir en propia substancia, pues les está intimado: *Comede volumen istud, et vadens loquere ad filios Israel* (Ezech., c. 3, 1).

ART. VII.

Avisos concernientes al estudio de la sagrada Escritura.

Prescindiendo de doctos varones que, con un plan vasto, y con el auxilio de lenguas originales, textos políglotos, comentarios é insignes criticos, hagan un estudio erudito y profundo de los libros santos; á todo sacerdote debe ser agradable y familiar el estudio de la santa Escritura. Así le recomendamos que, al principio de su presbiterado, destine un año ó dos á la entera lectura de toda la Biblia con ayuda de un fácil y breve intérprete, como Meinocchio, Tirino y Martini. Igualmente le recomendamos que empiece cada libro por su prólogo, pues es su llave, que ponga notas en la margen, y haga una recopilación, con cierto orden, de todas las reflexiones, pensamientos y conocimientos que mas dignas le parezcan de ser conservados.

Despues de este primer estudio, que llamar podemos

elemental, un buen sacerdote debe tener siempre abierto sobre su mesa este precioso volumen, y no dejarlo caer de sus manos hasta la muerte. Cada día deberá estudiar algún capítulo á lo menos, y á este fin conviene que se provea de un intérprete algo mas estenso, siendo objeto de un estudio especial los salmos en el Antiguo Testamento, y los Evangelios juntamente con las Cartas de san Pablo, en el Nuevo. Pero un libro divino y misterioso como la Biblia merece estudiarse con un espíritu particular.

1. Con humildad dirigiéndose á Dios con las palabras de san Juan: *Dignus es, Domine, aperire librum, et solvere signacula ejus* (Apocal., c. 5, 5). A imitacion de los santos, procuremos alumbrarnos en las profundidades misteriosas de la Biblia con la oracion, mas bien que con el escudriño.

2. Con el mayor respeto. Los santos leian las sagradas páginas con la cabeza descubierta, y algunos de ellos de rodillas. Los santos concilios llaman adorables y sacrosantas las palabras de la Biblia: *Sacrosancta et adoranda verba scripturarum*.

3. Con una entera sumision á la autoridad de la Iglesia, que sola puede darnos la infalible inteligencia de la Escritura, como lo enseña el concilio de Trento.

4. Con mucha pausa y consideracion, pesando bien todas las palabras, que, bajo una sagrada y misteriosa oscuridad, esconden tesoros de increada sabiduria.

5. Simplemente, ateniéndose al sentido literal como el mas recto, y desechando interpretaciones sútiles y cavilosas.

6. Con moderacion, evitando la vanidad y curiosidad indiscreta, que pretende entrar en los arcanos de la ma-

gestad de Dios, para pedirle cuenta de sus obras. Misterios se encuentran en los libros santos que hay que adorar y no investigar.

7. Con docilidad, figurándose que con uno mismo habla el Señor, y como si á uno mismo hubiese tan solamente hablado, haciendo aplicacion de los oráculos del Espíritu santo al alma propia y á la propia salvacion.

ART. VIII.

Inmensa utilidad del estudio de la historia eclesiástica.

Despues de la Biblia, un estudio fundamental es el de la historia eclesiástica. Aun cuando no fuese importantísimo á un sacerdote el conocer el origen, progresos y estado de su religion, aun cuando no juzgase suficientemente útil, para la dignidad y prudencia del ministerio que ejerce, la meditacion de tantos acontecimientos y tantos varones ilustres por su santidad, le seria necesario el estudio de la historia como introduccion y alimento de los demás estudios. De la historia eclesiástica, si en grande se la estudia, se ven salir los elementos de todas las disciplinas del sacerdocio. En ella vemos á los padres, concilios, dogmas, disciplina, liturgia, reglas de las costumbres, práctica de los sacramentos, ejemplos de los santos, errores de los heterodoxos, apologia y espíritu de la religion; todo eso y mucho mas lo contiene en su seno la historia eclesiástica, de modo que se puede llamar el almacen de todos los estudios, y no hay ciencia tal vez que pueda emprenderse con cierta estension sin el socorro de esta historia. Una persona versada en este ramo no puede menos de ser un docto eclesiástico *ad omne opus bonum inetructus*.

ART. IX.

Algunas observaciones sobre el método de estudiar la historia eclesiástica.

Todos los eclesiásticos deben saber la historia sagrada, pero no todos con el mismo grado de estension, pues la vida entera de un hombre no basta para recorrer este campo. No se puede estudiar profundamente la historia eclesiástica sin tocar al mismo tiempo á la historia universal, de la cual es un ramo, y con la que guarda mutua y estrecha dependencia. El conocimiento de las lenguas doctas, para leer santos escritores originales, la geografía antigua y moderna, la crítica, la cronología, la antigüedad, son otros tantos estudios auxiliares de la historia. Así pues, el que, provisto de talento, memoria, paciencia, buena dosis de sana filosofía y de una gran biblioteca, se halle en estado de dedicarse con valor á este gran estudio, podrá ser muy útil á la casa de Dios, y recoger nuevas palmas, aún despues de tantos escritores como en este terreno trabajaron, pues tal vez no hay estudio como el de la historia, que pueda tratarse siempre con nuevas ventajas, ó á lo menos con cierto orden, si bien no es para muchos el cultivar esta ciencia.

Sin pretender discutir y refundir todos los fundamentos de la historia, un grand número de eclesiásticos podría ilustrar sobremanera este estudio, sirviéndose de las obras de Baronio y Fleury, aplicando al primero la crítica de Pagi, y al segundo la de Marchetti.

Y, si á la casi totalidad de los eclesiásticos pareciese escesivamente estenso este plan, podrán recorrer los anales de la Iglesia de un modo mas compendioso ayuda-

dos de la docta historia de Natale ab Alexandro con las notas de Roncaglia, ó de la de Berault Bercastel, que es mucho mas facil y agradable. Tambien tenemos el compendio, aun mas abreviado, de Henrion. Menos de esto no se puede, á menos que se haga de la historia un indice de ideas escasas é inexactas. El último autor citado podrá ser el objeto del estudio de las personas que no pueden hacer de la historia un estudio principal.

Además de lo escogido de los autores, mucho puede en este punto el orden. Sin enredarse en una minuciosa precision de fechas y cronología, que no solo son poco importantes, sino poco posibles, debemos esforzarnos en arraigar en nuestra mente y tener siempre á la vista la serie de algunas épocas principales. Si á ello no bastase el autor, ó si no se acomodase á nuestro gusto, podemos dividir nosotros mismos la historia en algunas épocas, cuidando de referir á cada uno los hechos que le pertenecen.

Mas importa saber elegir en la multitud de hechos, pues el fruto de este estudio no es el saberlo todo, ni encargarse con todo, sino en apropiarse lo mejor, lo mas bello, lo mas sustancioso. Las inteligencias débiles se fijan en las pequeñeces y pormenores, mas bien que en el espíritu general de la historia. Si desde el principio nos construimos algunos puntos de vista que pueden tener mas estrecha relacion con nuestros estudios ó nuestro estado, tendremos en lo estenso de la lectura, materiales escelentes, y acudirán á nuestra mente las mas sanas reflexiones, que bueno será conservar notándolas, ó á lo menos indicando el tomo y la página. Un predicador particularmente podrá de este modo reunir escelentes materiales para sus sermones y catecismos, de modo

que, al mismo tiempo que se cultiva un estudio, se atesora para otros.

ART. X.

Importancia del estudio de la moral.

Entre todas las ciencias eclesiásticas, un sacerdote no puede prescindir de la teología moral. No á todos está dado el sobresalir en la oratoria, ni en los cánones, ni en la historia; mas todos deben saber el arte de regir las conciencias, pues en esto principalmente estriba nuestro ministerio, y este conocimiento es indispensable al sacerdote como lo es al jurisconsulto el de las leyes. Bien se ha dicho que, en este punto, basta cierta dosis de rectitud de razon, mas esto es decir demasiado, pues si no basta sin la rectitud de razon el estudio, tampoco, sin este, basta esta misma rectitud. Aun en las mismas cuestiones en que basta la razon natural, para conocerlas y penetrarlas mas exactamente, se requiere la meditacion y el estudio de los autores mas aprobados. *Ne innumeris prudentiæ tuæ* (Prov. 3, 5), como nos dice el sabio. Los mayores ingenios desconocerán la moral si no la estudian en los buenos libros. Ademas, hay conocimientos y reglas positivas numerosas para la direccion de los fieles y para la administracion de los sacramentos, que no hay medio de aprender sin el estudio de los sagrados doctores y de las constituciones eclesiásticas.

Gran presuncion seria el administrar los juicios y sacramentos de Jesucristo, el presentarse como su intérprete, y como doctor en medio del pueblo, sin conocer á fondo su ley. Un solo error puede decidir de la salva-

cion de un alma. ¿Cómo podremos responder á las dudas que nos serán propuestas, á los consejos que podrán pedírsenos, cómo podremos resolver tantos casos complicados, tan diversos segun las circunstancias, si carecemos de la ciencia de las ordenanzas de Dios y de la Iglesia, como tambien de las decisiones de los pontífices y doctores? Los mas doctos y santos obispos han insistido siempre sobre la utilidad inmensa de la moral en los estudios sacerdotales. *Las conferencias eclesiásticas* que existen en muchas diócesis de Francia, demuestran con qué empeño cultivó en todo tiempo este ramo el ilustre clero francés. El sabio Mabillon lo recomendaba, como el principal estudio, á los religiosos regulares que no eran párrocos ni directores de la grey de Jesucristo. *Moralis doctrinæ studium præ aliis excolendum... Huic ergo quamdiu vivitur omnino danda erit opera* (De stud. monast. part. 3, c. 4). Ninguna otra ciencia merece mas la aplicacion de los sacerdotes, ninguna es mas digna, ninguna mas meritoria. ¿Cual es el oficio de nuestro ministerio que no tenga directa necesidad de esta ciencia? La predicacion es tal vez el ramo á que se dedican muchos sacerdotes jóvenes, sin cuidarse de hacerla preceder, ó á lo menos acompañarla del estudio de la moral, pues, tanto como el confesonario exige el púlpito este estudio. ¿Cual puede ser el fondo de la predicacion sino la moral? ¿Donde puede encontrarse la solidez de la doctrina y la riqueza de la idea sino en los tratados de esta ciencia? Nunca llegaremos á ser un verdadero orador evangélico, si no apoyamos nuestra elocuencia sobre su estudio, en cierto modo como Ciceron, que reconocia deber su elocuencia á los filósofos mas bien que á los retóricos.

ART. XI.

Modo del estudiar santamente y como verdadero eclesiástico.

Si sagrados son nuestros estudios en su sustancia, no lo son menos en el modo de hacerlos.

1. En su fin. Un hombre del siglo se dedica á menudo á las ciencias movido por ambicion ó curiosidad, procurando saber por atesorar conocimientos, para figurar, ó para ganar con su ciencia. Pero un sabio eclesiástico se propone un fin mucho mas digno, esto es, la gloria de Dios, la propia edificacion y la del prójimo. Oigamos sobre este punto á san Bernardo : *Sunt namque qui scire volunt ea sine tantum ut sciant; et turpis curiositas est. Et sunt qui scire volunt ut sciatur ipsi; et turpis vanitas est. Et sunt item qui scire volunt, ut scientiam vendant, verbi gratia pro pecunia et honoribus; et turpis questus est. Sed sunt quoque qui scire volunt, ut adificent; et charitas est. Et item qui scire volunt ut adificentur; et prudentia est. Horum omnium soli ultimi duo non inveniuntur in abusione scientiæ; quippe qui ad hoc volunt intelligere, ut benefaciant* (Sermon. 56, in cant).

2. En el asunto. En las mismas ciencias eclesiásticas, algunos mas frivolos y vanos se apegan á las cuestiones menos esenciales, se paran en las sutilezas, corren tras la novedad, y se complacen en las mas estériles especulaciones, que solo producen orgullo y vanidad. Pero un sacerdote del Señor no debe tener mas mira que la verdad, el conocimiento de Dios, la santificacion de si mismo y la de sus hermanos, sin perderse en vanas in-

vestigaciones, sino escogiendo los conocimientos mas útiles y sólidos, y dejando las opiniones peligrosas; en una palabra buscando una ciencia que lo guie á Dios, y que lo llene de una uncion celestial.

3. En su espíritu. Debemos estudiar con espíritu de penitencia. Condenados á la ignorancia del pecado, trabajemos para disiparla con humilde penitencia. El estudio tiene sus placeres como sus penas; impongámonos estas penas, impongámonos las velas, el retiro, el peso de nuestros estudios, como los anacoretas el ayuno y las mortificaciones. No de otro modo estudiaba san Jerónimo en la gruta de Belen.

4. Con oracion. El mejor modo de santificar nuestros estudios es alternarlos y unirlos con la oracion. Un verdadero eclesiástico debe estudiar con el método de san Agustin : *Orando, legendo, plangendo*; ó con el de san Jerónimo : *Orationi lectio, lectioni succedat oratio*. El estudio solo sin la oracion vuelve árido el espíritu, mas la oracion endulza y purifica nuestros estudios. Los santos estudiaban ante el crucifijo, como autor de toda ciencia y de toda gracia. Leemos que, en medio de sus estudios, exclamaba fervorosamente el cardenal Baronio : *Portio mea Dominus. Deus cordis mei. Pars mea Deus in æternum. O æternitas! o æternitas!* Asi puede decirse que la oracion es el vinculo de la sabiduria, y asi lo entendia san Nilo al decir : *Si es theologus, vere orabis; si vere oraveris, theologus vere eris.*

ART. XII.

El estudio puede ser excesivo.

Aun en el estudio cabe exceso, pues no es el fin del sacerdocio la ciencia, sino el medio, y no debe aspirar un eclesiástico á ser un sabio de profesion, sino un hombre de oracion y accion. No se contenta el apóstol con decir á su discípulo que se aplique al estudio : *Attende lectioni* (Timoth., c. 4, 13), sino que le aconseja igualmente que se dedique á la exhortacion é instruccion. Un sacerdote que con demasia se dedica al estudio, no puede menos de descuidar los graves ejercicios de su ministerio. Un sacerdote aficionado en exceso al estudio, dice con precipitacion la misa, recorre impaciente el breviario, abandona el confesonario, no piensa á los enfermos, y aun hasta descuida la instruccion de sus feligreses, juzgando todo esto de menos monta que sus estudios. Este demasiado amor por la ciencia y por los libros da pronto origen á la indevocion y tibieza, fomenta la soberbia, y acaba con la perdicion de esos sacerdotes que poseen la ciencia sin las obras. No admite duda que bueno y necesario es el estudio, con tal que no pase de sus debidos limites, deje tiempo necesario, y mantenga el espíritu libre para las demás obras del sacerdocio. San Felipe no queria que se engolfasen en el estudio sus sacerdotes (*Vita*, lib. 1, c. 19), ó que se aficionasen á él en demasia, porque aun en esto puede hallarse el pecado; ni permitia el santo que por el estudio dejasen sus cosas comunes, como la oracion, el confesonario, y las demás funciones ordinarias; y queria que poco hicieran á la

vez, y tanto mas cuanto que, mas que con el estudio, se aprenden las cosas divinas con la oracion. Estudiemos cada dia algunas horas determinadas, y, si es necesario, menos, mas no mas, pues nos faltaria el tiempo necesario para la oracion y otras prácticas espirituales.

CAPITULO V.

DE LA ORACION DE LOS ECLESIÁSTICOS.

—
ARTÍCULO I.

De la oracion de los eclesiásticos como un homenaje que deben á Dios.

Un eclesiástico tiene la mayor necesidad y el mayor deber de la oracion, y esta forma la parte mas noble de su ministerio. Un pontífice nos dice (Innoc. I, *Ep. ad Exuper.*) que tienen á cargo los sacerdotes el orar y sacrificar, como si en ambas estas acciones estribase todo su oficio. *Sacerdotibus et orandi et sacrificandi officium est.* Si Jesucristo manda, como precepto, la oracion á todos los fieles, deber especial incumbe al sacerdote por el ministerio que ejerce. Y á este fin se exige que viva apartado de los afanes del mundo. *Nos vero orationi, et ministerio verbi instantes erimus* (*Actor.*, 6, 4). Un buen ministro de Jesucristo es por escelencia hombre de oracion.

Este es deber que principalmente para con Dios tiene, pues, despues del sacrificio incruento, ninguno es tan grato á la magestad divina, ninguno tan santo y tan